

MARTA RENATO

SENDERO  
DE  
ESTRELLAS

UNA JOVEN CURANDERA LUCHA  
CONTRA LAS SUPERSTICIONES EN PLENO SIGLO XVI



MAEVA

*Para mi hija, Sara, que con su sonrisa ilumina  
incluso mis días más nublados*

# Prólogo

El lenguaje de las montañas casi olvidado;  
las palabras de los remedios casi borradas;  
la magia de los rituales casi extinguida.

LA PLUMA DE la curandera se deslizaba sobre el pergamino. Resguardada en la cueva y rodeada de sus utensilios de herborista, escribía las letras una tras otra, incansable, con la esperanza de que la tinta preservara las enseñanzas de sus antepasadas. Y hubiera deseado disponer de más tiempo. ¡Eran tantas las recetas, los conjuros y las constelaciones celestes! Antes era suficiente con transmitir las a las aprendices junto al calor de la hoguera, o con compartirlas en las reuniones de los solsticios. Lo que olvidaba una, lo recordaba otra, y entre todas tejían la red de sabiduría. Pero ahora quedaban pocas, muy pocas. Escondidas y dispersas, ya nada perduraba de las comunidades de antaño. Y el conocimiento ancestral corría el riesgo de desaparecer.

La receta que transcribía aquella noche era peligrosa, igual que muchas otras. Resultaba útil para curar fiebres nerviosas y ataques de espasmos, pero, empleada con malicia, podía aletargar a un adversario o embotarlo el entendimiento. Por esa razón escribía en la lengua que compartían las curanderas de los Pirineos, con su propio alfabeto de formas redondeadas.

En el lado opuesto de la mesa, su aprendiz y compañera, ya una mujer adulta, la ayudaba con la dedicación de siempre, trazando los dibujos de plantas e ilustrando las cartas astrales y los tratados de rituales y usanzas. También, en los ratos muertos, adornaba los márgenes de las páginas con pequeñas estrellas. Aquella noche había alineado frente a ella los ingredientes que estaba dibujando: flores de saúco pintadas de azul, porque así se veían a la luz de la luna, el momento óptimo de recolección; tallos de saxífraga moteados de

pardo, pues debían obtenerse de plantas que hubieran pasado sed mientras crecían en grietas de rocas, y las partes más gruesas de la raíz de la valeriana.

Habían recogido las hierbas en el berrocal laberíntico, su lugar más místico y respetado, donde se encontraban ahora. Las leyendas de la zona mantenían alejados a los forasteros y, si alguno osaba adentrarse, se desorientaba enseguida. Durante cada estación se refugiaban allí unas semanas para trabajar con tranquilidad.

La curandera se preguntó si aquella sería su última primavera, pues sentía que las fuerzas empezaban a fallarle. Con un suspiro, puso el punto final a la página: un remedio más preservado para la posteridad.

# Primera parte

FEBRERO - MAYO 1522



## Beleño negro

Hierba peluda y robusta, de olor amargante, que prefiere los caminos frecuentados por el ganado. Sus hojas y semillas se utilizan en remedios que calman el dolor y mejoran la respiración. Cambiante y traicionera, causa alucinaciones, estupor y locura pasajera a su antojo. La luna nueva apacigua los efectos indeseados y aspirar el humo transmite sus virtudes sedantes.

# Capítulo 1

## *Melers de Cerdanya*

TRAS SEIS JORNADAS de camino, Feliu divisó el lugar donde debía pasar sus años de penitencia. La aldea no era más que media docena de casas apiñadas sobre una colina y un pequeño campanario que sobresalía entre los tejados de pizarra. Alrededor, campos parcheados de nieve y cumbres congeladas.

Feliu escondió las manos frías dentro de las mangas de la sotana y asió las riendas a través del tejido de lana. Los cascos de la mula hacían crujir la escarcha a cada paso. La espoleó; el sol se estaba escondiendo detrás de las montañas y quería llegar a su nuevo hogar antes de que oscureciera.

En la aldea, el único movimiento apreciable eran dos columnas de humo que se elevaban desde unas chimeneas. Entró por el callejón principal, pero nadie salió a recibirlo; todas las casas tenían las puertas y las ventanas cerradas. Detuvo su montura junto a un abrevadero, saltó al suelo y se frotó las piernas agarrotadas. Acarició distraído el cuello de la mula y se angustió al pensar que debía pasar varios años en aquel lugar hostil. Quizá merecía el castigo; su comportamiento había sido una vergüenza para su antigua parroquia.

Identificó sin dificultad la casa destinada al sacerdote, situada en la plaza, junto a la iglesia. Tras dejar al animal en el establo, se dirigió a la puerta de la vivienda y esta cedió al primer empujón: tal como esperaba, no estaba cerrada con llave. El interior era húmedo y olía a moho. Avanzó a tientas hasta que dio con la chimenea de la sala de estar, amontonó unos trapos viejos y encendió el fuego con su pedernal.

En la repisa de la chimenea encontró una vela y, a la luz tenue de la llama, exploró las diferentes estancias. La vivienda acusaba los meses de dejadez: los muebles estaban cubiertos de una gruesa

capa de polvo y excrementos de ratón. En el dormitorio, las sábanas arrugadas sobre la cama estaban salpicadas de manchas amarillentas. Tal vez su predecesor había muerto entre aquellas sábanas y nadie se había ocupado de lavarlas.

Con la idea de la muerte hormigueándole sobre la piel, Feliu arrastró un butacón y lo encaró hacia la chimenea. Mientras añadía leña, una corriente violenta y breve hizo temblar el fuego y sacudió los postigos. Se percató entonces de que en el alféizar de la ventana había un rosario blanco. Lo enredó entre los dedos, percibió algo extraño en las cuentas y, al acercarlo a la luz de la hoguera, vio que en realidad se trataba de pequeñas vértebras y cráneos de musarañas ensartados en un hilo.

Lanzó el siniestro collar a las llamas de un manotazo y se resregó la palma en la sotana. Recordó la advertencia que había recibido durante el viaje de parte de dos desconocidos, recitada exactamente con las mismas palabras. La primera había sido una tabernera chismosa, que le había preguntado a dónde se dirigía mientras le llenaba el vaso con cerveza aguada. El segundo, un comerciante viejo y de modales rudos, que le había indicado el camino correcto en un cruce al pie de los Pirineos.

—Esa es tierra de brujas —dijeron ambos a modo de despedida, antes de desearle suerte en su nuevo destino.

Feliu volvió la mirada hacia la entrada de la casa, como si esperara la aparición repentina del creador del rosario de huesos. Luego trató de ahuyentar la inquietud de su cabeza. Se dijo que dar crédito a ese tipo de rumores no era propio de un hombre de casi treinta años, pues solían ser simples habladurías destinadas a asustar a los viajeros.

Descartó tumbarse en la cama esa noche y se acomodó como pudo en el butacón. Pese al cansancio, no logró conciliar el sueño. El silencio era opresivo: solo se escuchaba el crepitar del fuego, nada más. Había vivido toda su vida junto a la costa, acompañado por el vaivén de las olas, y sus oídos siseaban añorando ese sonido.

Durante varias horas incómodas fue cambiando de postura hasta que al fin el cansancio venció a la nostalgia y se durmió.

POR LA MAÑANA, unos golpes en la puerta lo despertaron. Se levantó con el cuello dolorido y fue hacia la entrada siguiendo la pared con la punta de los dedos, guiado por la luz del sol que se colaba a través de las rendijas. En el exterior se encontró con un hombre alto, de barba entrecana y gesto decidido.

—Disculpe que le moleste, padre. Me han dicho que llegó ayer.

—No es ninguna molestia. Lo encontré todo tan solitario que eché en falta a los vecinos.

Feliu se frotó los ojos con los nudillos y sonrió al hombre. Un muchacho de unos doce o trece años aguardaba tras él.

—Este es mi hijo mayor, Damià, y mi nombre es Arnau. Vivimos en una masía en las afueras del pueblo.

Feliu abrió del todo la puerta y dio un paso al lado para invitarlos a entrar, pero el hombre no se movió.

—Se trata de un asunto urgente. —Arnau se quitó el gorro y lo sujetó entre los dedos callosos—. Ha habido un accidente. Hemos encontrado tres forasteros muertos en el camino a Dorres. Los ha atacado un oso.

Feliu tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de oír, pestañeando bajo la luz de la mañana. Buscó algo que decir para no parecer estúpido.

—¿Los osos de esta zona suelen atacar a las personas en los caminos?

—No, no había visto nunca nada parecido... Será mejor que me acompañe, padre. Hay que dar sepultura a los muertos.

—Claro, deja que coja mi abrigo. Y puedes llamarme padre Feliu.

Con la capa sobre los hombros, siguió a Arnau y su hijo hasta la plaza, donde los esperaba un burro de pelo castaño atado a una carreta. El hombre le indicó que se sentara en el asiento del conductor, y él y su hijo marcharon a pie con las riendas en la mano.

Feliu había visto muchos cuerpos sin vida, era parte del oficio de sacerdote, y sabía por experiencia que algunos se olvidaban fácilmente, mientras que la imagen de otros, por alguna extraña razón, no se desvanecía aunque pasaran los años: eran como retratos

siniestros colgados en la pared de la memoria. Intuyó que los muertos de ese día serían del segundo tipo.

Salieron del pueblo y llegaron al camino principal, que tenía la anchura de un carro. Feliu había llegado el día anterior por aquel mismo camino desde el fondo del valle llamado La Cerdanya. En la base de las montañas, a media mañana a pie de Melers, se encontraba la última población importante, Llivia, que contaba con unos pocos centenares de habitantes y estaba coronada por un castillo en ruinas. Feliu había parado allí a comer un plato de potaje, en una posada decadente y con poca clientela, mientras observaba los torreones medio derruidos a través de una ventana empañada por el frío.

Arnau condujo la carreta en dirección opuesta a Llivia, hacia la parte alta de las montañas. Según el mapa que había consultado el sacerdote, el camino para carros terminaba en Dorres, un pueblo similar a Melers.

—¿Dorres está muy lejos?

—No mucho. Después de esa curva, el camino asciende por un collado y desde ahí ya queda a la vista —respondió Arnau.

Luego se impuso de nuevo el silencio. Feliu pensó que el frío y la soledad debían de volver poco habladores a los habitantes del lugar. Intentó reanudar la conversación con otra pregunta.

—¿Cuántas personas suelen pasar por este camino cada día? La zona parece bastante solitaria.

—Pocas. Hay días en que no pasa nadie.

El otro le respondió con la vista fija en el horizonte. Por la forma de caminar, con el paso seguro y la espalda erguida, recordaba a un centinela rondando su territorio.

Dejaron atrás los campos abiertos y se adentraron en una arboleda de avellanos y abedules. El viento agitaba las ramas desnudas de los árboles, que dibujaban un entramado de sombras sobre la nieve. Arnau detuvo la carreta en una curva y señaló dos bultos atrapados entre unas rocas. Feliu se apeó y avanzó hacia los cuerpos de los forasteros; un sendero de nieve pisada conducía hasta ahí.

El primero, tendido bocabajo, correspondía a una mujer. En el costado izquierdo, una zarpa le había desgarrado el vestido y la piel, y la nieve a su alrededor se había teñido de sangre. Feliu le dio la vuelta: la cara estaba tan destrozada que costaba adivinar su edad.

A su lado encontraron a un niño de unos seis años, tendido de espaldas y con los brazos estirados a ambos lados de la cabeza. Tenía un golpe en la sien y el lado izquierdo de la cara cubierto de sangre. Además, le faltaba un pie; algo se lo había arrancado y había dejado un reguero rojo. Mientras Feliu seguía con la mirada el rastro de sangre sobre la nieve, vio de reojo una sombra negra que pasó sobre su cabeza. Se sobresaltó y luego se dio cuenta de que era solo un cuervo inofensivo. Arnau y su hijo permanecieron serenos mientras él se sentía evaluado por sus nuevos feligreses, así que recuperó la compostura rápido: quería que la primera impresión que tuvieran de él fuera respetable. Volvió a fijar la vista en los cadáveres, se santiguó y preguntó por el tercer cuerpo.

Sortearon las rocas y ascendieron siguiendo un rastro de pisadas. Tras el promontorio en el que se encontraban, un berrocal se extendía hasta la falda escarpada de las montañas. Encontraron al tercer fallecido enseguida. Esa vez se trataba de un hombre que había recibido zarpazos en los brazos y en el pecho; no parecía tan malherido como la mujer y el niño. Sostenía un cuchillo, como si hubiera usado el arma para tratar de defenderse. Feliu observó de cerca las manos del hombre y se extrañó de que estuvieran teñidas de negro: parecían las típicas manchas de tinta incrustadas en las uñas y los pliegues de la piel que identificaban a escribas y secretarios. Pero el fallecido tenía manchados todos los dedos de ambas manos, no solo el índice y el pulgar derechos. Vestía ropas sencillas y de lana buena, quizá las propias de un artesano.

Damià se agachó y escarbó en la nieve debajo de un arbusto.

—Mirad, aquí hay algo más.

Les mostró una bandolera y se la dio a su padre, que revolvió el contenido.

—Solo hay ropa y algo de comida. Y un libro. —El hombre lo sacó de la bolsa.

—Es una Biblia —dijo el sacerdote.

Dos cuervos llegaron volando, se posaron sobre un avellano y empezaron a graznar. Feliu se ajustó el cierre de la capa. Quería irse de aquel lugar cuanto antes.

—Deberíamos llevarnos los cuerpos y enterrarlos en el cementerio de Melers.

—Creo que cabrán en la carreta —opinó Arnau—. Damià, agárralo de los tobillos.

Feliu miró con preocupación al joven.

—Tu hijo no debería haber visto esta masacre: es demasiado joven.

Arnau negó con la cabeza.

—No lo es. Y nos ayudará.

Acarrearon al hombre hacia la carreta entre los tres; pesaba más de lo que parecía y tuvieron que descansar dos veces a mitad de camino. Cuando regresaron a por la mujer y el niño, Feliu se fijó en una de las huellas marcadas en la nieve; distinguió cinco hendiduras de garras y una planta más ancha que larga.

—¿Es la huella del oso? —preguntó.

—Sí, es la zarpa delantera. Los osos que viven por la zona atacan a veces los rebaños de ovejas y dejan estas mismas huellas. Pero cuando matan a una oveja es porque tienen hambre, y se la comen. No había visto antes un ataque parecido.

—Puede que entraran en su madriguera y entonces el oso los atacó —dijo Damià.

—Quizá sucedió así. En esta época empiezan a despertar de la hibernación —le explicó su padre.

—Deberíamos avisar a todas las familias para que vigilen que los niños no se metan en una madriguera por accidente —dijo Feliu.

—Por eso no debe preocuparse, padre. Aquí las noticias se extienden deprisa —afirmó Arnau—. Y nuestros hijos ya saben que no deben acercarse a las oseras. Ellos eran forasteros.

Cargaron los cuerpos en la carreta, amontonados unos miembros sobre los otros. Los brazos y las piernas de los muertos estaban rígidos, y sobresalían de forma grotesca por los lados y la parte

posterior. Feliu se quedó observando el resultado mientras se ras-caba la nuca.

—No podemos trasladar a los fallecidos así, es... poco digno.

—Nadie tiene una carreta más grande en Melers. Para conseguir un carro hay que ir hasta Llivia, y nos llevaría todo el día entre ir y volver —dijo Arnau.

—Está bien..., es mejor no dejarlos aquí más tiempo. Ya empiezan a atraer a los cuervos.

EL CEMENTERIO DE Melers estaba rodeado por un muro con una verja oxidada en la entrada. Arnau y Damià cavaron una tumba en uno de los rincones vacíos y, después de introducir los cuerpos y aplanar la tierra, observaron a Feliu en silencio, apoyados en las palas. Él carraspeó mientras pensaba qué decir. Siempre que había oficiado un funeral conocía a los fallecidos, pero estos eran extraños. Recitó una oración breve que solía incluir en todos los entierros, y padre e hijo respondieron con un «amén» grave.

Sin más ceremonia y sin mirar atrás, los tres salieron del cementerio, y el chirrido de la verja puso la nota final al funeral más triste que Feliu hubiera oficiado jamás. Se preguntó si los fallecidos tendrían familiares que estuvieran aguardando su regreso.

Antes de alcanzar la plaza, Arnau señaló un camino que se alejaba del pueblo.

—Nuestra casa está en esa dirección, mi mujer nos estará esperando para la comida.

Feliu echó una mirada rápida a la pared trasera de su hogar. Sabía lo que le aguardaba dentro: frío, polvo y los fantasmas de los desconocidos que acababan de enterrar.

—Estaría bien que empezara a conocer a las familias de la comunidad, os acompañaré a vuestra casa.

Lo dijo con una sonrisa, deseando que Arnau no encontrara ninguna razón para negarle un almuerzo en compañía. Este separó los labios, luego pareció pensarlo mejor y los volvió a cerrar. Con un gesto del brazo, lo invitó a seguirlo.

Unos minutos más tarde, frente a un plato humeante, Feliu recuperó el buen ánimo y disfrutó del ambiente hogareño.

—Un buen estofado cura todos los males y alegra el corazón —soltó como quien recita un proverbio.

Maria, la mujer de Arnau, le sonrió con cortesía y le llenó de nuevo el plato. Luego fue a vigilar a sus tres hijos menores, que estaban jugando en el suelo de la cocina y poniendo a prueba la paciencia de un perro de orejas caídas.

A Feliu le complació ver que los niños iban bien vestidos y calzados, y que la cocina estaba bien abastecida de vino y carne en salazón. A pesar de vivir en una masía en la montaña, no les faltaba de nada.

—¿Cuándo encontrasteis a los fallecidos? —quiso saber.

—Esta mañana. Damià y yo íbamos de camino a Dorres para vender miel.

—Me pregunto qué estarían buscando por esta zona... Supongo que no suele haber muchos visitantes.

—Vienen a bañarse en la fuente de aguas calientes de Dorres. Es muy conocida en todo el valle —respondió Arnau.

Maria se acercó con una niña de unos dos años apoyada en su ancha cadera y se unió a la conversación.

—Las aguas de Dorres curan todas las enfermedades de la piel, y son útiles para tratar resfriados y flemas. ¿No había oído hablar de ellas, padre?

—Me temo que provengo de demasiado lejos.

La otra niña, de unos diez años, se sentó en una silla vacía frente a Feliu.

—¿De dónde vienes? —preguntó, con los codos en la mesa y la cara apoyada entre las manos.

—De un pueblo que está al lado del mar y que es más grande que Llivia.

—¿Más grande que Llivia? ¿Cómo de grande?

—El triple de grande, diría yo.

—¿Y por qué has venido a Melers?

—Para que podáis tener un sacerdote que dé la misa y se encargue de los bautizos, las comuniones y demás.

—El cura que había antes estaba un poco loco.

—¡Jacina! —la reprendió su madre—. No hables así del padre Ramir. Y trata al padre Feliu con más respeto.

La chica se encogió de hombros y Feliu le quitó importancia al asunto con un ademán.

—Tú pareces mejor —concluyó la niña.

Bajó de la silla y fue a jugar con su hermano pequeño, que brincaba sobre el lomo del perro impassible.

DESPUÉS DE ALMORZAR, Feliu regresó a su casa y, con un saco en la mano y las mangas dobladas sobre los codos, se deshizo de todo lo que olía rancio y mohoso. Se había propuesto convertirla en un lugar más habitable y menos deprimente cuanto antes. Mientras metía en el saco ropa vieja y alimentos podridos, pensó en el dueño de todo aquello: el padre Ramir. La casa había quedado intacta después de su muerte; nadie en Melers parecía guardarle el suficiente aprecio como para poner en orden sus pertenencias. También se percató de que no era un hogar preparado para recibir visitas: había un solo portavelas, una silla delante de la mesa, un butacón junto a la chimenea y un plato y un vaso en el estante de la cocina. El padre Ramir había vivido y muerto en soledad. Y si lo que Jacina había dicho era cierto —él no lo dudaba—, la soledad lo habría vuelto loco. No podía imaginar un final peor para la vida de una persona. Y temía que, si permanecía en Melers demasiado tiempo, él pudiera acabar sus días del mismo modo.

La conversación que había mantenido con el obispo de Girona el primer lunes de diciembre había sido el punto de inflexión que lo había llevado hasta allí. Sin embargo, los indicios del futuro castigo habían empezado mucho antes y no había querido verlos. Recordaba la mirada inquisidora de una de las parroquianas siempre que lo encontraba en la taberna antes de misa, y cómo se inclinaba hacia su amiga para susurrar duras palabras contra él. También le acudía a la memoria el gesto de decepción del sastre del barrio, amigo de su familia, cuando lo veía en compañía de los individuos menos

respetables del pueblo. Y no podía olvidar las burlas de los muchachos ni el mote que le pusieron, cruel, pero certero.

Cuando en diciembre le preguntó al obispo por su regreso a Blanes, este le respondió que podría volver cuando demostrara un comportamiento ejemplar y fuera reconocido en su nueva diócesis por su bondad, rectitud y elevada moral. Feliu pensaba que el obispo le había dado un objetivo inasumible, eran solo palabras vacías propias de un sermón. Era fácil ser conocido por unos pocos actos penosos, mientras que hacía falta una bondad infinita para ser recordado por ello.

Si quería regresar a su hogar, debía adoptar otra estrategia, y ya había pensado en ella. El obispo de su nueva diócesis, que residía en la Seu d'Urgell, sería el responsable de autorizar cualquier futuro traslado a otra parroquia, así que intentaría ganarse su simpatía para solicitarle el favor del traslado unos años más tarde. Iría a presentarse en las próximas semanas. Y respecto a las familias de Melers, se limitaría a no darles motivos para que hablaran en su contra.

Ya empezaba a oscurecer cuando tiró detrás todos los desechos del huerto y volvió a casa. Se dio cuenta entonces de que la bandolera del hombre fallecido estaba sobre el butacón; la habían dejado allí antes de ir al cementerio. Volcó el contenido sobre la mesa.

Separó un queso y unos trozos de pan envueltos en un trapo. El queso parecía en buen estado y lo guardó en la despensa. Luego se fijó en la pequeña biblia, que no era manuscrita, sino impresa. Aunque en las misas siempre utilizaba biblias grandes y solemnes, con el texto escrito a mano en pergamino, había visto varias como aquella. Entre las páginas sobresalían unas hojas sueltas de papel, y comprobó que se trataba de unos panfletos que anunciaban el taller de impresión de Joan Grau en la Seu d'Urgell. Se preguntó si el hombre que habían enterrado sería el impresor, pues eso explicaría las manchas de tinta negra en los dedos.

La bandolera también contenía varias prendas de ropa: dos camisas de hombre, una camisola de mujer, un pantalón de niño y un vestido de niña. Extrañado, desdobló el vestido, la única prenda que tenía cierto valor. Era del color de las cerezas y en el cuello tenía un

bordado de flores blancas. Se preguntó de quién sería o para qué lo llevaban, pues no habían hallado pistas de la existencia de ninguna niña.

Colocó la Biblia en el estante con los otros libros y la ropa en el armario, excepto el vestido, que dejó colgado en el respaldo de la silla. Al día siguiente se lo ofrecería a Jacina, pues parecía de su medida.

## Capítulo 2

ADALEDA ACOMODÓ A la niña en el suelo de la cueva, cerca del fuego, y la cubrió hasta la cintura con una manta. Revisó el estado de la herida en la frente bajo el emplasto de hierbas: ya había dejado de sangrar. Luego le embadurnó con unguento de hipérico los rasguños superficiales de brazos y cuello. La mujer la había encontrado inconsciente sobre la nieve; al principio temió haber llegado tarde, pero pronto comprobó que su estado no era grave. Curar las heridas era la parte sencilla, la que dominaba; la parte difícil llegaría cuando la niña abriera los ojos y empezara a preguntar.

La curandera se quedó embelesada observando la respiración suave y regular de su nueva aprendiz y le retiró del rostro unos mechones de pelo castaño rojizo. Tras años de espera, escrutando las señales en el laberinto y en las estrellas, al fin había llegado. Era algo mayor de lo que esperaba, pues la edad apropiada para iniciarse era alrededor de los siete años, mientras que aquella niña tendría al menos diez. Tanto daba: lo esencial era que mostrara pronto esa sensibilidad que debían poseer todas las sanadoras herederas del Legado.

Tras unos minutos, sacudió la cabeza y se arremangó. No tenía tiempo para embelesos, aún debía finalizar varias tareas antes de que la pequeña despertara. En su manuscrito de recetas y hechizos buscó el remedio que necesitaba: el conjuro del nuevo comienzo, uno de los más complejos y poderosos. Hacía meses que tenía los ingredientes preparados, desde que vio el eclipse de Luna en otoño y comprendió que un cambio importante iba a suceder en su vida. Dispuso sobre la mesa las bayas de belladona, las hojas de trompeta del olvido, las raíces de mandrágora y el aceite de serpiente blanca, y siguió todos los pasos sin desviarse ni un ápice de la receta original. Cuando la mezcla adquirió el color y la consistencia apropiadas, retiró la olla del fuego, sumergió en el líquido la hoja de un cuchillo y lo dejó enfriar.

Se arrodilló junto a la niña dormida. Deseó que el libro del Legado también la condujera paso a paso en sus obligaciones como maestra, como si fuera una receta más: enseñar a su aprendiz, ganarse su confianza y guiarla en su nueva vida. Sin embargo, la única directriz que el manuscrito proporcionaba para acoger a aprendices era ese conjuro que se disponía a realizar, que borraba los recuerdos y ayudaba a superar la pérdida. Agarró la muñeca izquierda de la niña mientras sujetaba el cuchillo con la otra mano, y un instante de duda la hizo pestañear. Pero se recompuso enseguida. La chiquilla había perdido a su familia, jamás regresaría a su hogar, ¿de qué le serviría el recuerdo y la nostalgia? A ella también la habían sometido a ese conjuro —la cicatriz que le atravesaba la mano era prueba de ello— y había disfrutado de una infancia feliz junto a su maestra. Al menos durante unos pocos años.

Abrió la palma de la niña y apoyó el filo del cuchillo sobre la piel suave. Por primera vez, pronunció en voz alta las palabras que había aprendido de memoria y realizó un corte rápido desde el meñique hasta la base del pulgar. La niña abrió los ojos de repente. La observó con las pupilas dilatadas por el desconcierto y el terror, tensó los músculos del brazo, trató de liberarse de la sujeción de Adaleda. Por suerte, el aceite enseguida se mezcló con la sangre y sus efectos sedantes fueron casi inmediatos. El cuerpo de la pequeña se relajó, sus párpados cayeron con lentitud y el pulso se acompasó. Se sumió en un sueño profundo que sería largo y plácido, sin pesadillas ni recuerdos.

La mujer se puso en pie y palpó los amuletos de su collar, igual que hacía siempre que se sentía nerviosa. Recorrió con la mirada los recovecos de la cueva invadidos por el desorden de doce años de soledad. Escogió uno cercano a su lecho para situar la cama de su nueva aprendiz y empezó a retirar los sacos viejos y los cestos amontonados.

UNAS HORAS MÁS tarde, cuando aún estaba reordenando la cueva, escuchó un ruido junto al fuego. Se volvió y comprobó que la niña

había despertado demasiado pronto; aquel era un contratiempo que no había previsto. Estaba incorporada sobre los codos y miraba en todas direcciones, asustada. Cuando la vio a ella, el miedo en su mirada se intensificó.

Trató de imitar el sonido siseante que hacen las madres cuando quieren tranquilizar a sus hijos pequeños. Se acercó y tendió una mano con la intención de acariciarle el pelo. La niña se retiró y retrocedió a gatas hasta que topó contra la pared.

—Aquí estás a salvo, no tengas miedo —dijo con una voz que pretendía ser dulce y suave.

—¿Y mi mamá?

Adaleda frunció el ceño; pensaba que el conjuro le ahorraría las explicaciones sobre la muerte de sus padres. No obstante, el manuscrito indicaba que las aprendices debían dormir durante un día y una noche para que las plantas tuvieran tiempo de hacer efecto, y la niña había dormido solo unas horas. Decidió que una infusión sedante la ayudaría a descansar el tiempo necesario y llenó una taza de agua caliente.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

La niña se hizo un ovillo en el suelo.

—No sé.

—¿Recuerdas cómo te llamas?

La miró con la expresión de quien se ha extraviado en el bosque y no sabe regresar al camino.

—Creo que... Núria. Sí, Núria.

—Yo me llamo Adaleda. Tienes que dormir un poco más para que se curen tus heridas. —Echó a la taza un pellizco de raíz de valeriana, cuatro flores de manzanilla y una cucharada de miel. La niña se llevó una mano a la frente e hizo una mueca de dolor—. ¿Te duele?

—Sí.

—Ten, esto te ayudará.

Se agachó a su lado y le tendió la taza. Núria no la cogió, sino que siguió mirando a todas partes como si buscara una salida.

—Quiero irme de aquí. Quiero a mi madre.

—Antes tienes que curarte. Bebe esto. Sabe dulce y te sentará bien, lo prometo.

La niña aceptó la infusión y Adaleda respiró aliviada mientras bebía unos sorbos.

—Así, ahora túmbate. Duerme tranquila.

NÚRIA DESPERTÓ Y deseó que todo hubiera sido una pesadilla. Sin embargo, nada más abrir los ojos se dio cuenta de que se encontraba aún en la cueva. La luz había cambiado: el fuego había quedado reducido a brasas, y a través del techo se colaban dos haces de luz dorada que iluminaban el vapor y el humo que flotaban en el aire. Se sentó en el suelo y escudriñó los recovecos de la cueva, que parecía estar formada por varias estancias retorcidas y conectadas, como si fuera una madriguera. No vio a la mujer de pelo blanco.

Se sentía desorientada. Su cabeza estaba llena de una niebla espesa que le impedía recordar nada. Era como si hubiera despertado de un sueño y fuera incapaz de recordarlo, aunque conservaba en el cuerpo la sensación que le había dejado: había ocurrido algo malo, había pasado miedo y había perdido algo muy valioso. Necesitaba que la abrazaran y la consolaran, tuvo el impulso de llamar a su madre. Se esforzó en recordar su rostro, pero no pudo. ¿Cómo había olvidado algo tan importante?

Se puso en pie y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Iba vestida con una túnica ancha y gris, no muy gruesa, parecida a la que llevaba la mujer extraña. Dio unos pasos hacia el centro de la cueva y se percató de que también estaba descalza. Giró sobre sus pies mientras observaba a su alrededor. Vio hatillos de hierbas secas, cestas llenas de raíces, frascos de barro cocido, frutos secos y pellejos de animales. En un estante, una salamandra negra y amarilla la miraba con ojos brillantes desde el fondo de un tarro de vidrio. En otro, unos bulbos medio sumergidos echaban raíces y varios hongos verdosos recubrían una pirámide gelatinosa. Unas cuerdas con plumas blancas y abalorios colgaban del techo y se balanceaban empujadas por una brisa imperceptible. Núria

observó la abertura de la que provenía la brisa y le pareció distinguir otra entrada de luz; quizá había una salida. Se inclinó para ver mejor y se tropezó con sus zapatos, que estaban secándose junto a las brasas.

Decidió marcharse de aquel lugar antes de que la mujer de pelo blanco regresara. No sabía dónde estaba, pero seguro que, si salía de la cueva y llamaba con fuerza a su madre, ella acudiría, y entonces se acordaría de su rostro y todo iría bien. Se calzó los zapatos, aún estaban húmedos y fríos. Encontró una capa de pieles colgada de un gancho y, aunque era demasiado larga y le arrastraba, se la echó sobre los hombros, pues era la única prenda de abrigo que había. Se dirigió hacia la luz tenue, tanteando la pared de roca.

Tan solo había dado unos pasos cuando una sombra ocultó la luz. Núria retrocedió hacia la estancia principal de la cueva y frente a ella apareció la mujer de pelo blanco. La estudió de reojo a través de aquellas pestañas incoloras tan extrañas. Sus iris eran de un tono azul violáceo y tenía la piel tan pálida que parecía una muerta.

—Has dormido poco —le dijo—. ¿No estarías pensando en escapar?

La niña no respondió. Retrocedió hasta que se dio de espaldas contra la estantería de la salamandra.

La mujer sostenía un bastón largo en una mano y de la otra le colgaba un conejo muerto. Llevaba una túnica de mangas amplias, un collar de abalorios raros que le daba varias vueltas al cuello, y el pelo trenzado en un peinado enrevesado. Apoyó el bastón en la pared y colocó el conejo sobre una tabla de cortar desgastada.

—Esa capa es muy valiosa, la uso para los rituales. Déjala donde estaba —le dijo sin mirarla.

Núria obedeció. Luego se aclaró la garganta, pues temió que no le saliera la voz si no lo hacía.

—¿Dónde estoy? ¿Qué le ha pasado a mi familia?

La mujer suspiró y negó con la cabeza.

—Algo no ha ido bien.

—¿El qué?

—¿Qué recuerdas sobre tu familia?

—Sé que me están buscando. —Levantó la barbilla y trató de parecer muy segura de sí misma—. Tengo que ir con ellos, ahora mismo.

La mujer se acercó y se agachó frente a ella. Los ojos se le balanceaban en un movimiento muy sutil, como si le costara fijar la mirada.

—Mi querida niña, tu familia ahora soy yo. Tus padres ya no están con nosotros. Hubo un accidente. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Núria negó con la cabeza—. Mira tus heridas. Yo te las curé, pero las de tus padres no tenían remedio, eran muy graves.

Núria se observó los brazos llenos de rasguños y la mano izquierda vendada. Se llevó la derecha a la frente y el tacto de sus dedos le produjo un pinchazo de dolor. Tragó saliva mientras asimilaba lo que la mujer le explicaba. ¿Quería decir que sus padres estaban muertos? No podía ser..., ¡ella sí que parecía una muerta! Pero su madre tenía que estar viva, tenía que estar buscándola.

—Este será tu hogar a partir de hoy —continuó la mujer—. Aquella será tu cama. Te acostumbrarás, ya verás como sí. Los próximos días te conviene dormir mucho y recuperarte.

La chiquilla se sentó sobre el jergón de paja y se abrazó las rodillas. Observó a la mujer mientras despellejaba el conejo y se manchaba los dedos de sangre. Luego lo ensartó en un palo, lo colocó sobre el fuego y añadió leña.

—¿Tienes hambre?

A Núria la invadieron las náuseas ante la visión de la carne rosada del conejo. Ocultó la cabeza entre los brazos y sollozó hasta que se durmió de nuevo.

LOS PRIMEROS DÍAS en la cueva se deslizaron a trompicones; fueron una sucesión de luces y sombras, sueños extraños, horas de duermela y noches de letargo. Núria no pasaba hambre ni frío; tampoco tenía ninguna tarea que hacer. Se limitaba a seguir a Adaleda con la mirada mientras permanecían en la cueva, y a andar tras ella cuando salían. La mujer hablaba poco y la observaba mucho de reojo, como si estuviera esperando algo que la niña no lograba comprender.

Adaleda solía pasar la mañana machacando hierbas y raíces, fundiendo grasa y cera de abeja, rallando cortezas y huesos. Luego cosía junto al fuego y afilaba sus cuchillos, o anudaba cuentas y plumas en cordeles. Y salía de la cueva al atardecer, igual que los murciélagos. Entonces comprobaba las trampas para conejos y recorría con parsimonia unos senderos apenas visibles, similares a sendas de animales, que atravesaban prados empantanados y bosquecillos de avellanos, zigzagueando entre unas grandes rocas.

Durante aquellas salidas, Adaleda a menudo se quedaba absorta ante el vuelo de un pájaro o los rastros que encontraban sobre la nieve. Le hablaba de señales, presagios y espíritus de la naturaleza que habitaban en el laberinto de rocas. Colocaba la palma sobre el tronco de los árboles más viejos y las rocas más grandes con los ojos cerrados, como si tratara de captar alguna señal del interior. Luego le pedía que la imitara y la miraba expectante.

—¿Lo sientes?

Núria se limitaba a encogerse de hombros y bajaba la cabeza ante la decepción evidente de Adaleda.

Antes de cenar le explicaba historias. Núria no habría sabido decir cuánto había de real o de inventado en ellas. En la historia de la quinta noche, apareció por segunda vez una osa de carácter temible.

—La osa vigila el laberinto, guiada por los espectros de la noche, que le susurran al oído y le advierten sobre forasteros que intentan adentrarse. Los aldeanos saben que deben ser precavidos. Sin embargo, los forasteros son ingenuos y abandonan el camino, y no retroceden ante las señales de amenaza. Entonces, la osa los ataca sin piedad.

Núria acarició distraída las costras que le cubrían los brazos y entonces le asaltó una visión de garras que rasgaban ropa y piel.

—Esos forasteros... ¿Mi familia intentó entrar en el laberinto?

Adaleda la observó desde el lado opuesto de la hoguera, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda recta.

—Desconozco qué intenciones tenían tus padres, no eran de por aquí. Pero abandonaron el camino y la osa los atacó.

—¿Por qué yo he sobrevivido?

—Porque estás destinada a ser mi aprendiz y vivir conmigo.

—¿Para siempre?

—Durante el resto de tu vida, sí.

La niña sintió que el humo la mareaba. Se puso en pie y pidió permiso a Adaleda para salir de la cueva un rato.

—No te alejes del claro —respondió ella—. Recuerda que la osa te vigila.

Dejó atrás el ambiente denso y saturado de olores de la cueva, y llenó los pulmones con el aire frío y cortante del exterior. Los últimos rayos de sol ya se habían escondido detrás de las cumbres nevadas. Pensó que la mujer intentaba retenerla con historias inventadas de bestias vigilantes, cuando en realidad no era necesario. Salir del laberinto no era fácil: todos los rincones le parecían iguales, y en sus paseos tras Adaleda se desorientaba con facilidad. Estaba atrapada en medio del monte.

Elevó la mirada hacia las rocas amontonadas sobre la entrada de la cueva y se fijó en una grieta por la que podía escalar. Quizá desde arriba se veía el final del laberinto. Escogió con cuidado los apoyos de manos y pies, y ascendió hasta un saliente plano en el que podía mantenerse erguida. Escrutó el paisaje: en el norte, las rocas se extendían hasta el pie de unas montañas escarpadas y, en el sur, hasta un bosque oscuro. No distinguió ninguna casa, muro o camino que indicara la presencia de otras personas. Se sentó sobre las rodillas y dejó que la envolviera el frío del anochecer.

Aparecieron las primeras estrellas y empezó a temblar. Ya se disponía a regresar cuando la sorprendió el movimiento de una sombra entre las ramas desnudas de los avellanos en el margen del claro. Forzó la vista; apenas quedaba luz, y todo parecía gris y azul. Entonces, la sombra emergió en el prado, y Núría identificó la silueta de una mujer montada en un burro y un hombre que avanzaba a pie. Se dirigían hacia la cueva.

Bajó a toda prisa mientras decidía qué hacer. Quería saber quiénes eran, quería advertirlos acerca del laberinto y la osa y preguntarles sobre sus padres. Pero no pudo hacer nada de eso: apenas había alcanzado el suelo cuando Adaleda apareció en el umbral de la cueva.

—Ya es de noche. Entra y no te entretengas más.

—Viene gente —anunció Núría con la respiración agitada. Con un gesto de la cabeza le señaló la dirección por la que se acercaban.

—Vaya, es algo tarde. Los esperaremos dentro.

Adaleda le señaló un taburete y ordenó que se quedara quieta, que observara y no abriera la boca. La chiquilla esperó sentada en el borde del asiento, aferrada a él con los nudillos blancos. Al poco rato, la mujer desconocida entró en la cueva, se retiró la capucha y se desabrochó la capa. Llevaba un vestido brillante, repleto de bordados y encajes.

—Buenas noches —saludó con timidez—. Tengo un problema con unas pústulas y me han dicho que aquí obtendría un remedio.

—Enséñamelas —dijo Adaleda.

La mujer se abrió el cuello del vestido; tenía el pecho cubierto por unos forúnculos enrojecidos. Adaleda se aproximó a ella de forma tan brusca que la otra se inclinó hacia atrás. Le observó el escote a apenas un palmo de distancia.

—Aparecieron hace un mes. Al principio eran como unas manchas rosadas, y una semana después empezaron a supurar y se llenaron de líquido... —Adaleda le dio la espalda y recorrió la cueva mientras recogía cestos y frascos—. Y, bueno, que no han parado de extenderse y tengo miedo de que me estropeen la piel de la cara. He acudido a un médico y a unas monjas, pero no han sabido darme ninguna solución.

Núría intuyó en el titubeo de la mujer que no sabía si debía seguir hablando; Adaleda actuaba como si no la escuchara. Había introducido unos trozos de cera en un cazo pequeño que removía mientras se derretían sobre el fuego. Machacó unas raíces y desmenuzó unas hojas con los dedos. Luego añadió unas flores blancas a la mezcla y susurró unas palabras extrañas que sonaban rítmicas y suaves. La mujer de las pústulas dirigió a Núría una mirada cargada de curiosidad y ella no se atrevió a desobedecer a su mentora, así que se limitó a pestañear con la boca bien cerrada.

Al fin, Adaleda vertió un líquido dorado y fluido en un frasco que le tendió a la paciente.

—Aplicatelo dos veces al día. Si sumerges el ungüento en agua tibia se extenderá mejor sobre la piel. Para la próxima Luna llena, las pústulas habrán desaparecido.

La mujer le dio las gracias, rebuscó entre los pliegues de su falda y sacó un monedero. Dejó tres monedas de plata sobre la mesa.

—¿Es suficiente?

Adaleta asintió y la acompañó hasta la salida. Luego se dispuso a recoger los ingredientes dispersos por la mesa, pero cambió de parecer a mitad de tarea.

—Núria, ven aquí. Es hora de que empieces a aprender las hierbas curativas. —Apoyó sobre la mesa un libro viejo que tenía en la cubierta el dibujo de una estrella con una cola en forma de gancho. Lo abrió y pasó las páginas con sumo cuidado, casi con veneración—. Esta receta sirve para curar las pústulas que padecía la mujer. Los ingredientes son los que aparecen en el dibujo, ¿ves?

La página que le mostraba contenía mucho texto escrito a mano con letra diminuta y redondeada, y una ilustración de una hierba extraña que parecía estar formada por trozos de plantas distintas.

—Contiene flores de manzanilla; son estas. —Le colocó un cestito bajo la barbilla—. Huélelas, el olor nunca te engañará a la hora de identificar una planta.

Obedeció y percibió un aroma agradable y familiar.

—El segundo ingrediente son las hojas de abedul. En el árbol cuelgan hacia el suelo y se balancean con la brisa, y en el libro están dibujadas así, ¿lo ves? Y la raíz es de consuelda; es el ingrediente principal y por eso ocupa la mayor parte de la página.

Adaleta le tendió un bote lleno de raíces negras y retorcidas, y la niña se las acercó a la nariz. Percibió un olor a tierra húmeda y mimbre viejo. Luego se fijó en el texto; presentía que debería ser capaz de entenderlo, aunque no logró descifrar las palabras.

—Esas letras son raras.

—¿Sabes leer? —Núria se encogió de hombros, no estaba segura—. Si aprendiste a leer será más fácil enseñarte la lengua del Legado, pues las letras son similares a las latinas. El texto explica

las propiedades del remedio y el conjuro que hay que pronunciar para que funcione.

Adaleda sacó del bolsillo un disco de vidrio parecido a la base de una botella, lo colocó frente a la página y las letras aparecieron a mayor tamaño. Pronunció en un susurro unas frases rítmicas parecidas a un cántico, con palabras repetidas, pausas regulares y sonidos siseados. Pidió a Núria que lo repitiera mientras recorría el texto con la lupa. Cuando terminó, pareció complacida.

—¿Recuerdas el nombre de los ingredientes?

—Manzanilla, abedul y consuelda.

—Bien. A partir de ahora, te enseñaré una nueva receta cada día.

Recogió la mesa y empezó a limpiar los utensilios. Núria hojeó el viejo manuscrito. Se detuvo en unas páginas que estaban plegadas sobre ellas mismas y, cuando las desdobló, observó círculos de estrellas y constelaciones. Adaleda la vigilaba por encima del hombro.

—Cuando mengüe la Luna te enseñaré a utilizar las cartas celestes para identificar los astros y adivinar el futuro.

Núria plegó las cartas y continuó pasando páginas. Habría estado más interesada en ellas si, en vez de presagiar el futuro, le hubieran mostrado el pasado que no lograba recordar.